

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 422

50 CTS.



**Cuando
ellas
quieren ...**

por
**Carmen Boni
y
Jack Trevor**

Número extraordinario

JANUARI 1933
C. Berengé de Serrada, pfo
G. esenelas Picas

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

RFDACCIÓN

Pasaje de. a Paz, 10 bis

ADMINISTRACIÓN

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 422

Cuando ellas quieren...

Fantasia por AUGUSTO GENINA

Interpretada por

CARMEN BONI, JACK TREVOR, etc.



Selecciones **Díamante Azul** de

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de

RAQUEL TORRES

Cuando ellas quieren..

Argumento de la película

En la mansión de los duques de Lorrains, la severidad no estaba refnida con el confort.

Se respiraba un rancio ambiente de antigüedad, pero al propio tiempo no dejaban de figurar en el palacio las comodidades modernas.

La anciana duquesa, desde su sillón, sin anhelos, sin inquietudes, asistía al lento caminar de las horas.

Vivía con su marido, el duque Mario de Lorrains, un gran señor con un pasado tormentoso y un presente plácido y feliz, y con su nieta, la duquesita María, la here-

dera de la casa, preciosa estampa de belleza y juventud, carne luminosa de primavera.

La duquesita María era huérfana y había encontrado en casa de sus abuelos el sereno hogar donde su alma se había moldeado a la perfección. Sin embargo, su alegre corazón no parecía estar muy acorde con la severidad característica del palacio. Y sentía ansias de aventura y de alegría, el dulce tormento de volar que invade a los espíritus contrariados por el medio ambiente.

María, con el cabello peinado a lo muchacho, tenía un encanto ambiguo de fémina irresistible. Amaba los deportes, la equitación, el remo, el automóvil, el tennis. Adoraba las músicas modernas y las prefería a los graves acordes de los conciertos clásicos.

Salía con frecuencia, yendo a los tés de los hoteles y a las grandes fiestas con la libertad que la sociedad moderna concede a la muchacha del gran mundo.

Lamentaba la abuela que María no fuera la criatura modosita y recogida que ella

hubiese deseado, pero, magnánima y transigente, toleraba aquellas expansiones espirituales que siempre se mantenían en un plan de absoluta corrección.

El duque, en cambio, creía que María no se movía apenas del castillo y no salía sino acompañada de las doncellas que la fueran escoltando.

Aquella tarde, la señora duquesa se hallaba bordando unas ropas que confeccionaba para los pobres.

De pronto llamó al fiel mayordomo, un buen hombre que había envejecido al servicio de la casa, y le dijo:

—El duque volverá pronto de su paseo, Juan, y María no estará aquí... ¡Siempre la misma esa muchacha!

—Descuide la señora... Procuraremos que el señor duque no se entere.

—Hay que hacerlo, Juan... Si supiese que María va sola por esos mundos, estoy segura de que se disgustaría.

Hizo el sirviente un gesto de comprensión. Haría todo lo posible para que el señor duque ignorase las frívolas salidas de la duquesita.

Ajena a que se preocuparan de ella, María iba en su hermoso automóvil, sin otra compañía que la de un lindo "fox-terrier" a quien llamaba graciosamente su secretario.

Después de efectuar distintas compras en varios comercios de la capital, dirigióse María hacia una librería a comprar el nuevo volumen de su autor favorito.

Una pasión aromaba la vida de la joven: su amor, callado, pero profundo, por Pedro Dalmas, el novelista de moda.

Le amaba por su arrogante figura, retratada en las revistas ilustradas, por su juventud iluminada por unos ojos melancólicos de artista, por sus delicadas novelas llenas de sentimiento y de emoción.

Avanzó sonriente por la librería y dijo al dueño:

—Quisiera la nueva novela de Pedro Dalmas...

Mientras le preparaba el encuadernado volumen, el librero comentó sonriendo:

—La señorita sigue siempre fiel a su autor predilecto, ¿verdad?

—¡Oh, es exquisito... es adorable!

—En efecto. Es uno de los mejores escritores que tenemos.

—Usted me dijo el otro día que esta semana vendría aquí.

—Y no la engañé... Mire usted al fondo de la tienda, cerca de aquel mostrador. ¿Quién está ahí?

—¡El!

Profundamente turbada, la dulce lectora reconoció a su novelista favorito que estaba sentado ante una mesa hojeando unos libros.

Palpitó intensamente el corazón de la muchachita. Tuvo deseos de llegar junto a aquel hombre y estrecharle la mano, participándole la inmensa simpatía que le inspiraba.

No se atrevió. Y permaneció a alguna distancia, con los ojos fijos en él, sonriendo cordialmente como si estuviera orando ante el ídolo de su juventud.

Pedro Dalmas ni siquiera se había fijado en su admiradora. Al lado del novelista estaba su amigo Inocencio Dubois, su constante e inseparable camarada, un solterón que amaba profundamente la aventura.

Inocencio contempló a la muchacha y creyendo que la sonrisa de la duquesita era para él, quitóse el sombrero y saludó y expresó con el gesto la alegría del hombre que se siente objeto de la atención de una mujer.

María, indignada por el atrevimiento, volvió despectivamente la espalda a ese intruso y salió de la tienda, no sin que antes el librero le entregara un anuncio de los libros de Dalmas en el que había el retrato del novelista.

Todavía se volvió María otra vez a contemplar al escritor, pero éste seguía meditando ante los libros.

Loca de alegría por haberle visto con sus propios ojos, la duquesita montó en el coche.

Acarició nerviosamente al perro que estaba en el asiento inmediato, sobre las patas traseras, y dijo, riendo, mientras le mostraba el retrato de Dalmas:

—¿No sabes, "Muffi"?... ¡Lo he visto... por primera vez lo he visto!

El "fox terrier" agitó la cabeza como si participara de la alegría de su señora.

—¡Qué guapo es! ¿Verdad?... ¡Le amo, "Muffi"... le amo!

Y loca de alegría, empuñó el volante y se dirigió hacia su casa.

A ella había llegado ya, procedente de su acostumbrado paseo, el duque Mario de Lorrains.

Se hallaba tomando el té con su esposa, cuando preguntó:

—Oye, ¿y María?

—No sé... — respondió la duquesa.

Juan, el mayordomo, que era la oportunidad personificada, se apresuró a decir:

—La señorita está haciendo un poco de música.

—Pero, ¿dónde toca?... Yo no oigo absolutamente nada...

El mayordomo desapareció, y dirigiéndose velozmente al cuarto de música, hizo funcionar la pianola eléctrica.

Por los salones del palacio se esparcieron los sonos de una canción clásica.

La duquesa escuchó nerviosamente la canción, adivinando que se trataba de un ardid de Juan. Y el duque mostró su complacencia por el concierto.

—¡Magnífico! — exclamó —. Nunca ha tocado mi nieta con tanto arte como toca hoy.

Mientras se hallaba saboreando la pieza musical, se presentó inopinadamente María.

La sorpresa del duque fué indescriptible al ver a su nieta y al continuar escuchando al propio tiempo las notas rítmicas del piano.

—Pero, ¿qué significa éso? — dijo, indignado—. ¿No eres tú quien tocaba el piano?

—¿Yo? ¡No, abuelito! Si acabo de llegar...

—¡Ah, demonio! — clamó el duque contemplando a su mujer —. Conque me estabas engañando para que yo creyese que María se hallaba en casa, ¿eh?

El mayordomo, que había vuelto a la habitación contigua, escuchó aquellas palabras y corrió como un gamo a parar la pianola. ¡Buena plancha acababa de hacer!

—Eso es querer tomarme el pelo — gritó el duque —. Y yo no consiento que se me engañe.

—Pero, Mario, te aseguro que no sabía...

—No lo niegues. Tú quieres disimular

las tonterías de esa cabeza de chorlito. María, a pesar de que tu abuela te proteja, tendré que castigarte.

Pero la traviesa muchacha, batiendo palmas, con una alegría que le rebosaba como una luz por todo su ser, contestó:

—Si quieres reñirmè, espérate a mañana, abuelo, te lo suplico... ¡Hoy son tan feliz!

Y se dirigió a su cuarto cantando canciones de júbilo y diciéndose que la vida era infinitamente hermosa.

Que esperasen a mañana para censurarla. Segura estaba de que el abuelo, que nada tenía de rencoroso, ya no se acordaría más de sus travesuras.

Hasta otra vez...

Días después, María recibía una carta de una amiga suya.

Decía entre otras cosas:

... y he sabido que Pedro Dalmas vive en una "villa" de estos alrededores y que acostumbra dar largos paseos por el lago en su canoa automóvil...

Con un ardiente deseo de poder ver y hablar al escritor preferido, la duquesita marchó en automóvil hacia las orillas del



—¡Hoy soy tan feliz!

lago, poético lugar donde era fácil que floreciera el amor.

—Vamos a pasearnos por el lago, "Muffi" — dijo al perrito inseparable —. ¡Si

quisiera la suerte que lo encontrásemos!

Remaba dulcemente por entre las mansas y azules aguas con un gran anhelo de ver al artista.

Y de pronto sus deseos se cumplieron. Vió avanzar cerca de allí una canoa automóvil conducida por el mismo novelista.

Lanzó un grito de júbilo:

—¡Es él, él! ¡Oh, mi enviado del cielo!

Y sin medir las consecuencias de su acto, se dirigió rápidamente hacia donde pasaba la canoa automóvil procurando que Dalmas descubriera su persecución.

Pero el joven artista, con los ojos fijos en el horizonte, no se daba cuenta de que cerca de allí le estuviera esperando una mujer ingenua y enamorada.

Su lancha automóvil pasó a una velocidad fantástica, rizando y alborotando las olas bajo su roce poderoso.

Viendo que la canoa se alejaba sin que su conductor la viese, María se puso en pie y un brusco movimiento de su cuerpo, así como el repentino oleaje de aquel lago extensísimo, hicieron zozobrar su barca, y la linda duquesita que soñaba en caer en bra-

zos del amor, recibió un baño capaz de enfriar todos sus entusiasmos.

La canoa del novelista estaba ya lejos... que pudo volver a la orilla sin demasiadas consecuencias desagradables para su persona y seguida del fiel "Muffi" que se ha- Pedro Dalmas no reparó en aquella traviesa criatura que acababa de caer al río.

Por fortuna, María sabía nadar, así es bía lanzado también al agua en seguimiento de su señora.

Al llegar a tierra, María presentaba un aspecto lamentable. Con más razón que el inventor de la frase, podía decir la duquesita: ¡"Ay, amor, cómo me has puesto!"

Chorreaba agua por todos lados. ¿Cómo iba a presentarse de aquel modo en la ciudad?

Por fortuna, mientras buscaba un medio para salir del apuro, vió cerca de allí unas botas de montar, un traje y un sombrero de caballero. Eran seguramente las prendas de algún jinete que se estaba bañando en el lago. Un caballo, atado a un árbol, ca-beceaba perezosamente.

No vaciló la muchacha en apoderarse de

lo que no era suyo, ante lo imperativo de las circunstancias.

Vistióse en un santiamén aquellas prendas que pertenecían a un buen sujeto que se estaba bañando con tales precauciones que las aguas no le rebasaban de la rodilla. Recogía pequeñas partes de agua con las manos y se rociaba el resto del cuerpo.

Habían dicho al tímido sujeto que más de una y de dos personas se habían ahogado, y no quería aumentar el número de los náufragos forzosos.

María era caritativa. Cambió su traje empapado por el del jinete, dejando aquél sobre unas matas para que el bañista no se encontrara en un compromiso al regresar a su casa. Ya tenía algo con qué cubrir su desnudez.

Subió al caballo y emprendió veloz marcha hacia la ciudad, seguida del "fox terrier", que hacía esfuerzos extraordinarios para no perder la distancia. ¡Estaba tan acostumbrado a ir en coche!

El pobre bañista había visto la subtracción de sus ropas y salió precipitadamente del agua, no teniendo otro remedio que ves-

tirse el traje de María y emprender de tal guisa la vuelta a la ciudad, seguido de unos chiquillos burlones, complacidos de que el Carnaval hubiese llegado antes de tiempo.

Siguió María por la carretera bordeada de álamos. Volvióse al escuchar una bocina que sonaba cercana. Era la de un automóvil que pedía urgentemente paso.

Guiaba este coche una mujer. De haberla conocido, María no hubiera sonreído, seguramente, de modo tan radiante.

Llamábase aquella criatura Alicia Ferrari, una barrera colocada por el destino entre María de Lorrains y Pedro Dalmás: era la amiguita del novelista.

Varias veces pidió Alicia paso a aquel jinete; pero María, riendo, galopaba más y más, deseosa de vencer en la contienda de velocidad.

Sin embargo, pronto tuvo que rendirse a la evidencia y el coche logró pasar adelante.

Contenta, Alicia, de haber vencido al jinete, volvió la cabeza para expresarle con una sonrisa esta satisfacción, y al hacerlo, desvióse la dirección del automóvil, que vi-

no a chocar contra uno de los árboles del camino.

La sacudida fué brusca, violenta. Alicia sufrió un fuerte golpe en el pecho y quedó casi desvanecida por la impresión.

Asustada por el accidente y deseosa de prestar auxilio, María descendió de caballo y corrió al lado de la muchacha.

¡Era una rubia muy hermosa!

Le acarició el rostro, dando masaje a sus sienes y procurando hacerla volver en sí.

Fijóse luego que en el pecho tenía una ligera contusión. Deseosa de saber si se había hecho mucho daño, María abrió más y más el escote de Alicia, examinando si el dulce seno de nieve había sufrido alguna herida.

En aquel instante, volvió Alicia de su desvanecimiento y al contemplar la minuciosa observación de que era objeto, cubrióse con un gesto de protesta.

—Pero, caballero... ¡qué atrevimiento! — dijo.

—¡Oh, usted perdone!... Yo me interesaba por si le había ocurrido algo.

—Pero, caballero...

María no podía aguantarse la risa, viéndose confundida con un hombre a causa de sus ropas varoniles.

Al parecer, podía pasar como un auténtico jovencito.

No protestó, pues, contra aquella variación de sexo, sin ganas de explicar el motivo de su cambio de ropas.

Limitóse a decir, con una sonrisa:

—¿Me perdona usted?

—Sí... pero...

—¿Se encuentra ya bien? ¿Quiere que la acompañe a algún sitio?

—Gracias. No hay necesidad. Estoy mejor.

En aquel momento, salió de una de las torres que flanqueaban la carretera, un caballero, que al avanzar fué reconocido por María como el novelista Pedro Dalmas.

La jovencita tembló emocionada y vio con sorpresa que el escritor adelantaba hacia la señora del automóvil y con gran confianza y familiaridad le preguntaba lo ocurrido.

Al propio tiempo, le acariciaba los brazos.

La duquesita tuvo una súbita, una brusca revelación de su desgracia.

¡Aquel novelista no era libre!

—¿Qué tienes? ¿Te has hecho daño?—decía Dalmas a la mujer.

—No... Una simple desviación del coche, querido—respondió Alicia—. Sólo tengo un fuerte golpe en el pecho.

Y con tranquilidad le mostró al joven la mancha violeta de la contusión.

—Este caballero pasaba por aquí... y se ha apresurado a atenderme—siguió diciéndolo Alicia.

—¡Ah!

El novelista avanzó hacia María y sin sospechar ni remotamente que tras aquel muchacho de facciones aniñadas y delicadas se ocultaba una mujer, le estrechó vigorosamente la mano.

—¡Mil gracias, joven... mil gracias! ¿Quiere usted descansar un rato en mi casa?

—¡No... no!... Tengo prisa.

—Le repetimos, pues, nuestro agradecimiento.

También Alicia saludó con una ligera in-

clinación a María, y los dos amigos partieron de allí, mientras la duquesita les contemplaba sintiendo que le apuntaban unas lágrimas en los ojos.

Vió como Dalmas y la muchacha entraban cogidos por el talle tras la verja del jardín de una de las casas. No le cupo la menor duda sobre la realidad. Eran amantes.

—¡Tiene ya una mujer!... ¡Qué terrible desilusión!—murmuró con melancolía infinita.

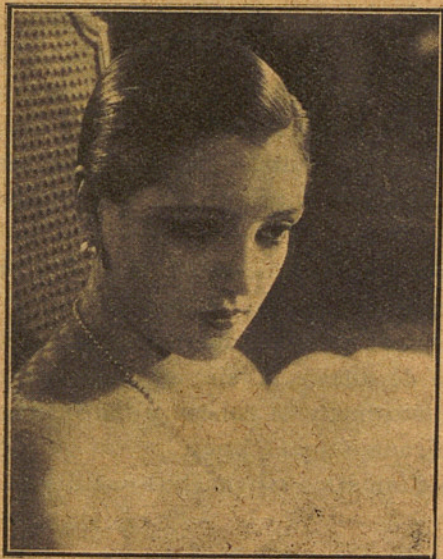
Iban los dos a desaparecer por la umbría avenida del jardín. El novelista, el hombre amado por ella, no se volvió para saludarla de nuevo. Alicia, en cambio, giró disimuladamente la cabeza y lanzó una rápida ojeada a aquel jinete.

—¡Simpático muchacho!—se dijo.

Regresó María desconsolada a su casa, quitándose las ropas varoniles y echándolas a un rincón del cuarto.

Y en la vida, tan clara hasta entonces de la duquesita, pusieron una sombra las primeras preocupaciones.

¡Ah, aquel hombre tan amado, aquel novelista soñado como la mayor alegría de la existencia, pertenecía a otra mujer!...



...pusieron una sombra las primeras preocupaciones...

Sus ilusiones de jovencita que comienza la vida se desvanecieron con fragilidad.

Aquel mismo día, hablando con su abuela, le dijo:

—Abuela... ¿cuando tú te enamoraste del abuelo, amaba él a otra mujer?

Sonrió la vieja y respondió recordando con cierta melancolía los pasados tiempos:

—¡Sí, hija mía, sí!... Amaba a otra mujer... y tres mujeres estaban locas por él.

—¿Y cómo te las arreglaste entonces para ser su esposa? — preguntó intrigada.

—Hice que un hombre, un amigo mío, conquistase primero y raptase después a la única de aquellas mujeres que era verdaderamente peligrosa.

—Pero eso era muy grave.

—Nada hay imposible para una mujer, hija mía... y yo amaba a tu abuelo.

Preocupada por aquellos consejos y por lo ocurrido a su abuela, que era tan parecido a lo que ahora le estaba sucediendo a ella, María se dirigió a su habitación.

Estuvo largo rato pensativa, en una meditación de éxtasis.

¡Oh, si encontrase un hombre que enamorara a la amiga de Pedro Dalmás y li-

brara a éste de aquella peligrosa compañía!
Pero, ¿dónde hallar ese ser peligroso?

Viendo a su "fox-terrier" que se acurrucaba a sus pies, dijo riendo:



—Nada hay imposible para una mujer...

—¡Qué lástima que tú no seas un hombre, "Muffi"!

Anduvo muy preocupada durante aquella noche y todo el día siguiente. Buscaba un hombre que le sirviera para sus planes... ¿Dónde poder hallarlo con seguridades de éxito?

Estuvo contemplando largo rato al mayordomo Juan, mirándole de pies a cabeza hasta el extremo de que el fiel sirviente se alejó extrañado de aquella observación minuciosa.

—¡Demasiado viejo! — se dijo María —. ¡No me sirve!...

Luego paseando por el parque de su casa, contempló al jardinero, hombre ya de edad madura.

Lanzó un suspiro de cansancio y volvió a su cuarto, poseída de profundo malhumor.

—¡Nada! ¡Imposible! ¡Esta casa es un asilo de ancianos! — dijo.

Ya en su habitación, vió a "Muffi" que estaba jugando cerca de la cama con las botas de montar que María había quitado el día anterior al desprevenido bañista.

Una idea súbita, fugaz, invadió su imaginación.

¿Y si ella misma?...

Recordó que la amiguita de Pedro Dalmas la había tomado por un joven y que el propio novelista había incurrido en aquel error.

¿Por qué no realizar ella misma la comedia y enamorar, haciéndose pasar por un hombre, a la amante de Pedro?

¡Sería algo maravilloso!

María era una muchacha impulsiva y no pensaba demasiado las cosas. ¡Sí, sí!

Se examinó ante un espejo. Con su cabello cortado y sus finas y bellas facciones, podía pasar por un duquesito, de esos que vivieron en un ambiente delicado de estufa.

A no pensarlo más.

Corrió a la biblioteca a buscar un libro que allí tenían: *El perfecto caballero*, y comenzó a estudiar con afán el modo de comportarse, desde el punto de vista del hombre, en la sociedad.

Para aquella misma noche pondría en práctica su plan.

Escribió una perfumada carta y fué a echarla al correo interior. La recibiría la interesada aquella tarde.

La aventura iba a ser peligrosa... pero había que seguir el consejo de la abuela.

Aquel atardecer, Casilda, la doncella de Alicia, al ir a recoger el correo en el buzón de la "villa", percibió entre la prosa de la correspondencia vulgar, el aroma de la aventura.

Vió entre el legajo de cartas que iban destinadas al señorito, un sobre perfumado, de correcta letra, dirigido a Alicia.

Casilda era muy amiga de Alicia y había protegido en diferentes épocas sus enredos y trapisondas amorosas. Lo haría una vez más.

Era Alicia una muchacha caprichosa, de deslumbrante belleza, por cuya vida habían pasado una sucesión de amantes y que ahora tenía como amigo oficial a Pedro Dalmas, al novelista de moda.

Entregó Casilda al escritor un pliego de cartas, y luego haciendo una seña a Alicia le señaló un sobre que habían traído para ella.

Alicia, aguijoneada por la curiosidad, se alejó de Pedro Dalmas y dirigióse hacia su tocador de diosa.

—Una aventura, señorita — dijo la criada.

—¡Bah! Alguna tontería.



...le señaló un sobre...

—Lea... Me da el corazón que es una declaración de amor en toda regla.

—Yo no puedo pensar en ello... Ya lo sabes.

Alicia, eternamente caprichosa, que nunca había dado a nadie su alma, ni siquiera al artista Pedro Dalmas con el que ahora vivía, al que sólo reservaba las gracias íntegras de su cuerpo y un afecto superficial, rasgó el aromado sobre.

Leyó, sonriente:

Señora:

Soy el joven que la auxilió ayer en el accidente de automóvil. No he podido olvidarla.

Necesito verla otra vez, señora. Esta noche estaré bajo sus ventanas. Mis ojos buscarán en la sombra la belleza pálida de usted. Que yo pueda verla, que yo pueda hablarla, decirle cuán grande es el amor que usted me inspira.

Es el único deseo de su rendido

Duque Mario de Lorrains.

Vaciló sonriente, pensando en lo agradable que era aquel aristócrata.

Pero, no... ¡Qué imprudencia la de haber enviado aquella carta! Si Pedro llegara a enterarse...

Leyó su contenido a la doncella, rústica

y romántica criatura que sólo soñaba en aventuras y raptos.

—¿Y no le verá usted?

—¿Te has vuelto loca?

Pedro Dalmas entró en la habitación...

Alicia ocultó rápidamente la carta y se puso a hablar con Casilda de cosas de ropas.

El novelista dijo:

—Mi editor me llama con urgencia... una contrariedad. No tengo más remedio que salir esta misma noche.

—¡Oh, qué lástima!

—Siento dejarte sola... pero no hay otro remedio.

Y Dalmas salió para preparar su automóvil y marchar a la ciudad a tratar de asuntos editoriales.

No pareció a Alicia haberle disgustado demasiado aquella marcha. La criada Casilda sonreía con cierto anhelo...

Las cosas se complicaban para que todo fuese bien para María, la traviesa duquesita de Lorrains.

Y aquella noche, fiel al plan que había

concebido, la duquesita empezó su transformación.

Vistióse el pantalón de bañista y las bo-



...encontró un vestido de etiqueta, un frac.

tas de montar. Al ponerse éstas, descosiósele el pantalón por la parte posterior... Y vióse obligada a ir al inmenso ropero y

buscar otro traje más apropiado. Por fin, encontró un vestido de etiqueta, un frac. Halló en los armarios unos zapatos de charol y un sombrero de copa, y envolviéndose en una fina capa de seda negra, se dirigió, adoptando toda clase de precauciones para no ser vista, a la finca de Pedro Dalmás.

Su corazón latía atropelladamente.

¿Saldría con bien de la aventura.. o se descubriría el pastel? Confiaba en su buena suerte y en las palabras latinas que había leído una vez en un libro: "Audaces fortuna juves..." La suerte favorece a los audaces.

Estuvo paseando largo rato ante la finca del escritor... ¡Si ella, la amiga de Dalmás, se asomase!

Alicia se había hecho el propósito de no recibir a aquel conquistador.

Se estaba arreglando ahora ante el tocador antes de meterse en cama.

Casilda, espíritu inquieto que vigilaba,

espiaba detrás de la ventana, y vió de pronto, reclinado contra un árbol, a un joven.

Alborozada, manifestó a su señorita:

—Ya está esperándole... ¡Qué fino es... y qué elegante... ¡Ah, si la señorita le dejase entrar!...

—Ya sabes que no puede ser. Si Pedro se enterara...

—Es que la noche es muy fresca, señorita... Y el pobre enamorado podría constiparse... Mírelo usted... Es un chiquillo adorable.

Alicia, sonriente, volvió a leer la inflamada carta de amor que el duquesito le había remitido, y luego, procurando no ser vista, contempló detrás de los visillos la calle iluminada por la luz de la luna.

Tembló su alma con cierta emoción al ver al elegante muchacho, de tan graciosa distinción, de modales tan correctos.

En su alma de mujer libre que ama la variedad, se encendió de repente un nuevo capricho, un anhelo de amor hacia aquel aristócrata, que parecía delicado como una mujer y de hermosos ojos de niño... ¡Oh, recibir el primer amor de un muchacho que

despertaba a la vida!... La invadía una curiosidad malsana.

—¿Le hago entrar? — preguntó Casilda.

—Bien... que suba. Hazle esperar entre tanto, en el salón.

Y la doncella, sin hacerse repetir la orden, corrió a franquearle la entrada.

Sonriente, deseando María estar en su perfecto papel de conquistador, dedicó varias galantes frases a la doncella, y aun unos cuantos golpecitos en la carnosa espalda.

Entusiasmada y satisfecha por la gracia de aquel chiquillo, Casilda le introdujo en un salón, rogándole que esperase. Antes de marchar, le ofreció una gran caja de cigarrillos, de la que María extrajo un puro de unos dos palmos de longitud.

La doncella le brindó fuego y la duquesita tuvo que pasar por el tormento de dar unas cuantas chupadas al fenomenal cigarrillo.

Por suerte, la salida de Casilda le libró de aquel suplicio y apagó rápidamente aquel puro, que hubiese acabado por marearle.

Aguardó... Vió, disgustada, un retrato del novelista con esta inscripción:



...corrió a franquearle la entrada.

A mi fiel Alicia, con amor.

Pedro.

Le acometieron fuertes anhelos de destrozar esa fotografía.

Era preciso salir adelante y no desmayar... Estaba convencida de su éxito.

Alicia se había vestido, entretanto, un



...tuvo que pasar por el tormento de dar unas cuantas chupadas...

traje vaporoso, delicadísimo, de una fragilidad de espuma, y se dirigió a un saloncito íntimo, sentándose indolentemente so-

bre una colección de almohadones de seda.

Volvió Casilda rogando al duquesito tuviera la amabilidad de seguirla.

María, con un admirable disimulo, entró en el salón.

La criada cerró la puerta y espió en el corredor, deseosa de escuchar las palabras que se cruzaban entre ellos.

María, con una sonrisa tranquila, avanzó hacia Alicia, que le tendía el blanco lirio de su mano.

—¡Señora!

—¡Siéntese a mi lado! — dijo Alicia envolviéndole en una mirada implorante, sin desagradarle ni mucho menos la compañía del que suponía casi un adolescente que iba por primera vez hacia el amor.

María ocupó un almohadón.

—No esperaba volverle a ver — explicó Alicia contemplándole con ojos apasionados.

—Yo, señora, no he dejado de pensar en usted un solo instante... La amo a usted, señora... locamente... apasionadamente. Perdóne a mi juventud la audacia de mis palabras...

—Pero...

—¡Mi alma, mi corazón son suyos, señora!... Una sola palabra, y mi vida misma le pertenece.

Parecía arrebatado bajo el fuego de un amor sin medida. Ella le miraba, sorprendida, con agradable expresión.

—Es usted un niño apasionado... un chiquillo sin experiencia.

—Soy el hombre que ama por primera vez... y por usted sería capaz de cualquier locura.

—¡Qué gracioso!

Casilda, desde el exterior, escuchaba la entrevista.

—¡Dios mío, qué temperamento tiene ese muchacho! — murmuró.

Sonó en aquel momento el timbre de la puerta anunciando una visita.

Asustada, Casilda fué a abrir.

María estaba satisfechísima de su misión diplomática. ¡Ah, demonio! Ella hubiera tenido que nacer hombre...

Cogió uno de los brazos de Alicia, lo besó; luego acercó sus labios a los de la otra con el propósito de besarla... Había que

procurar enloquecer a aquella mujer y separarla de Pedro Dalmás.

Se oyeron cercanos pasos, y Alicia, aturdida, se levantó, corriendo al encuentro de su visitante.

María hizo un movimiento de sorpresa... ¿Quién venía allí? ¡Si fuera el escritor!

Se sorprendió desagradablemente al ver que se trataba de aquel hombre que allí en la librería unos días antes la había sonreído y saludado cordialmente. ¡Si la reconociese!

—¿Qué ocurre, Inocencio? — preguntó Alicia, profundamente disgustada ante aquella interrupción de su idilio, pero conservando la serenidad.

—Pedro me ha pedido por teléfono que viniese a hacerle a usted compañía... Debería suponer que estaba usted sola...

—Es verdad... pero ha venido a verme ese amigo...

—¡Ah, comprendo! — dijo Inocencio con cierta risa de conejo y contemplando con minuciosa atención al joven como si su semblante no le fuera desconocido.

Y presentándose a sí mismo y haciendo una profunda reverencia, dijo:

—Inocencio Dubois, para servirle.

—Mari... Mario de Lorrains, a sus órdenes — contestó María, algo turbada.

Salió Alicia para ir a buscar unas copitas de licor con que obsequiar a sus visitantes.

Quedaron los "dos" hombres mirándose con cierta reserva. Inocencio fué el primero en romper el silencio.

—Es curioso — dijo —. Se parece usted extraordinariamente a una joven que conocí recientemente... una admiradora.

Temblando y sudando tinta, María respondió:

—Se trata sin duda de mi hermana, señor.

—Eso será...

—Nos parecemos como dos gotas de agua. Somos gemelos.

Había vuelto Alicia y escanciando unas copas de licor se las ofreció a sus amigos.

Pronto comprendió Inocencio que Alicia no necesitaba para nada de su compañía,

puesto que todas sus atenciones y cuidados eran para el duquesito.

Olvidóse Alicia de chocar la copa de licor con Inocencio, pero en cambio, lo hizo con la copa del "duquesito" y se lo quedó mirando con una languidez amorosa irresistible.

¡Ah!, pensaba Inocencio... Muy inocente se tenía que ser para no ver algo peligroso en aquellas relaciones amistosas. Le parecía que iba a zozobrar el trono del novelista.

Estuvieron largo rato, y María mostróse tan despreocupada, tan gentil, tan correcta, que nadie sospechó que se ocultara un cuerpo de mujer tras aquel vestido de etiqueta.

A medianoche abandonaron los dos visitantes la casa del novelista. Se despidieron en la calle.

Y Alicia, seducida por la gracia discreta del adolescente, comunicó a su doncella Casilda la repentina pasión que le inspiraba aquel joven.

—Me temo que sea éso el verdadero amor —suspiró.

A la mañana siguiente, Inocencio Dubois telefoneó a su amigo Pedro Dalmas, el cual se encontraba en los grandes talleres de la casa editorial.

—Es preciso que nos veamos en seguida — le dijo —. Tengo que hablarte sin pérdida de tiempo.

—Espérame en tu casa.

No tardó el escritor en visitar al camarada. ¿Qué pasaba? Le había alarmado con aquel aviso urgente.

Inocencio, que sentía por el novelista una verdadera amistad, le explicó lo sucedido la noche anterior en su casa.

—...y cuando yo llegué Alicia estaba entregada al "flirt". Y éste continuó toda la noche de modo descarado.

—Pero, estás seguro?

—No puedo equivocarme... Debes vivir prevenido.

—Gracias, Inocencio... Sabré muy bien lo que tengo que hacer.

—¡Que no llegue la sangre al río, por Dios!

—No tengas miedo.

Y marchó rápidamente hacia su casa.

María había llegado la última noche sin novedad, al palacio, y nadie se había enterado de su escapatoria nocturna.

Salió temprano por la mañana, vestida de hombre y compró un ramo de rosas que hizo enviar a Alicia.

Esta recibía poco después el perfumado presente, con una tarjeta que decía:

Le envío estas flores como testimonio del gran amor que usted me inspira.

Mario de Lorrains.

Iré a visitarla esta mañana.

Aspiró con fuerza su perfume, pensando alegremente que no tardaría aquel buen amigo en venir.

Oyó sonar poco después el timbre y tuvo la convicción de que se trataba de su enamorado.

Derribándose de ternura, cogió un libro y esperó los dulces pasos del adorable duquesito.

También creía Casilda al abrir la puerta que llegaba el duque, y por eso cambió de

color, cuando vió, inopinadamente, a Pedro Dalmas.

El novelista la envolvió en una severa



Le envió estas flores...

mirada y avanzó hacia el cuarto donde, de espaldas a la puerta, se hallaba su amiga.

Ella, que fingía leer, al oír pasos, exclamó:

—¡Adelante... adelante!

—¡Hola, Alicia!

Volvióse asustada al escuchar la voz del novelista. Le contempló con el aire del que se ve sorprendido en una falta.

—No hay que apurarse—dijo Dalmas con una sonrisa agrisada—. Ya vendrá el que esperas y lo recibiremos juntos.

—Pero, ¿qué es lo que te figuras?—protestó con energía, defendiéndose contra la sospecha.

—Me figuro la verdad, simplemente.

—Te engañas...

—Ya sé que ayer recibiste a un hombre y necesito saber a qué vino.

—Era el amigo que conocí el día del accidente del automóvil.

Dalmas volvióse desdeñosamente la espalda y acercándose a Casilda que había escuchado temblando la anterior conversación, la cogió por una muñeca y la dijo apretándosela con furia:

—¡Vas a decirme tú quién es ese hombre y dónde vive!

—Yo no sé nada, señorito.

—Contesta... En tu semblante he conocido tu complicidad.

La criada negóse al principio a confesar, pues Alicia le hacía señas de que callase. Mas hostigada por la energía con que el escritor apretaba su brazo y por la mirada de sus ojos acusadores y violentos, no tuvo otro remedio que decir de quién se trataba.

—Bueno—dijo Dalmas con una fría sonrisa de triunfo—. Conque el duque de Lorrains, ¿no? Sé dónde vive... Voy a su casa a exigirle la satisfacción más completa.

Alicia tuvo miedo. Vió en la luz de aquellos ojos, deseos de venganza y de muerte. Le pareció que el lindo duquesito peligraba ante la fuerza hercúlea del novelista.

—Pero todo esto es ridículo—protestó—. Yo te aseguro que sólo se trata de un "flirt" inocente.

—Ya me enteraré... No creas que se juegue conmigo... Yo no soy de los hombres que sirven para hacer reír...

Y sin querer escuchar las débiles protestas de inocencia de Alicia, Pedro Dalmas cogió el sombrero y abandonó la casa.

Su actitud era resuelta.

Aquel hombre era capaz de cometer cualquier disparate.

Asustada, Alicia se echó a llorar.

—¡Le mata!... ¡Estoy segura de que le mata!—gimió con desconsuelo.



...no tuvo otro remedio que decir de quién se trataba.

—¡Cálmese, señorita!... ¡Qué disgusto!

—¡Oh, hemos de salvar al duquesito! Hay que hacer algo. Prevenirle al menos.. Mira, dame la lista telefónica... Le voy a avisar.

Después de buscar el número, se hizo po-

ner en comunicación con el palacio de los Lorrains.

Juan se puso al aparato.

—¿Quién es?

—Necesito hablar inmediatamente con el duque de Lorrains — dijo la voz de Alicia.

—Aguarde un momento, señora.

El fiel criado llevó el teléfono a la señora duquesa.

—Preguntan por el señor duque.

La virtuosa dama se puso el auricular y habló:

—¿Pregunta usted por el señor duque?

—Sí... sí... pronto... he de hablarle—dijo la voz femenina.

Extrañada por el alterado tono de aquellas palabras, la duquesa contestó:

—El duque ha salido, pero, si usted no tiene inconveniente, puede decirme a mí de lo que se trata...

—¡Oh... no sé!... En fin... si viene el duque... haga el favor de decirle que ande con mucho cuidado... que mi amigo ha descubierto su "flirt" y que...

—¿Cómo? ¿El duque tiene un "flirt"?

La señora duquesa tembló... Creía ver visiones... ¿El duque, el correcto caballero, al que nunca, desde su matrimonio, había tenido que reprocharle nada, la estaba engañando?

—Dígale que vigile... Mi amigo va a venir a su casa con intención de abofetearle.

—¿Es posible?

—Pero, ¿usted quién es, señora?—preguntó Alicia.

La señora duquesa no contestó y colgó el aparato. Unas lágrimas apuntaron en sus ojos.

Mirando a Juan, el fiel sirviente, le dijo:

—Juan... Juan... ¿quién lo hubiera creído? El duque tiene un "flirt"... a su edad... ¡Ah! Bien dice el refrán: Genio y figura...

El mayordomo hizo un movimiento de asombro... ¡Qué cosa tan horrible, señora! ¡El duque, que tan bien se había portado siempre!...

En aquel instante, llegó tranquilamente a la casa, dirigiéndose a la salita donde estaba su esposa, el duque de Lorrains.

Avanzaba campechano, feliz, dentro de

su holgada levita cenicienta... El mayordomo se retiró unos pasos, y el duque se sentó al lado de su mujer, después de saludarla afectuosamente.

La duquesa le contemplaba con indignación. Parecía absurdo que aquel hombre, tan amado, en quien ella había puesto tanta confianza, le traicionara de aquel modo.

Juan, tras el balcón, había visto entrar en la casa a la señorita María vistiendo traje varonil.

Asombrado, la contempló unos momentos y pareció comprender todo lo que allí había ocurrido.

Acaso se tratase de alguna travesura de aquella muchacha veleta. Y acercándose a la señora duquesa, le dijo en voz baja:

—Todo debe ser obra de la señorita María... Acaba de entrar vestida de hombre.

—Pues es verdad... ¡Qué peso me quitas de encima, Juan!

Miró al duque, que estaba leyendo un periódico, y sin poder contener su emoción y acusándose de haber dudado por un momento de su fidelidad, besó varias veces, nerviosamente, su cabeza.

—Pero, Ana...—dijo riendo el duque, con franca y noble cordialidad.

—Estoy muy alegre, Mario... no sé lo que tengo.

Y convencida ya de que debía ser María la que había provocado aquel conflicto, subió a la habitación de su nieta con ánimo de exigirle toda clase de explicaciones.

* * *

María había salido antes a comprar las flores y ahora se estaba vistiendo de etiqueta para ir a efectuar una nueva visita a su "enamorada" Alicia.

Al ver llegar a su abuela, cubrióse con una bata, bajo la cual asomaban los pantalones varoniles.

La duquesa le increpó. El "fox-terrier" tiró de la bata, dejando al descubierto el traje masculino de María.

—¿Cómo vistes de ese modo?—preguntó la duquesa.

—¡Oh, verás, abuela! Es largo de explicar.

—Calla... calla... Mira, yo no sé lo que has

hecho por ahí, pero sea lo que sea, debes saber que de un momento a otro, va a llegar un hombre para abofetearte.

—¿Sí? ¡Qué alegría!

Y se puso a saltar de contento.

—¡Locuela! ¡Hablaré yo con ese caballero!

—No, abuelita, no... Es un asunto que a mí me incumbe.

Y la joven, despojándose de sus vestidos, púsose un precioso y blanco traje de mujer.

El mayordomo entró y anunció que había llegado un caballero que preguntaba por el señor duque.

—Hazle entrar en el salón—dijo la duquesa—. Yo le recibiré y sabremos a qué atenernos.

Salió el mayordomo, y María exclamó:

—Seré yo quien hablará con él, abuelita... Tú te aguardarás ahí.

Y sin que la abuela pudiera evitarlo, salió de la habitación cerrando por fuera y llevándose la llave.

Libre ya de aquel adversario y después de haberse arreglado un poco ante el toca-

dor, se dirigió hacia el salón donde, nervioso y violento, se paseaba el novelista Pedro Dalmas.

Volvióse rápidamente el escritor al contemplar a aquella grácil y hermosa mujer que tenía delante.

¡Deliciosa criatura! En el acto dióse cuenta que se parecía extraordinariamente al duque de Lorrains, el joven al que había visto en la carretera el día del accidente automovilístico.

Con voz en que vibraba aún la cólera pasada, exclamó a tiempo que se inclinaba reverente:

—Usted perdone, pero es con el duque Mario de Lorrains con quien deseo hablar, señorita.

—Yo soy su hermana, señor.

—¡Ah!

—Mario ha salido hace cinco minutos... pero me lo ha contado todo—dijo ella con sencillez y contemplando con verdadero amor a aquel hombre que era el objeto de sus ensueños.

—Ese asunto lo hemos de ventilar entre

su hermano de usted y yo... De modo que permítame que me retire.

Dió unos pasos hacia la puerta, pero ella le suplicó muy amable:

—No se marche usted así, señor, se lo ruego... Déjeme explicarle... en nombre de mi hermano, naturalmente.

—¿Qué me va usted a decir, pobre señorita? Usted es buena... no sabe aún de las maldades humanas.

—Pero yo conozco a mi hermano y sé que entre él y esa... señora no ha habido nada incorrecto... ¡Se lo juro!

Puso tanta vibración, tanta fortaleza en aquellas palabras, estaban tan llenas de fe, que Pablo Dalmas vaciló.

—Quiero creerla a usted, señorita—concedió—; pero dígame al granujilla de su hermano, que si vuelvo a verle en mi casa le trataré sin ninguna consideración.

—Así lo haré... Yo iré luego a devolverle su visita—contestó con su sonrisa angelical—; pero iré sola, se lo prometo; mi hermano se quedará aquí.

—Así lo espero.

Besó la mano de la muchacha y se alejó.

Iba más tranquilo. Y sin saber por qué en su pensamiento flotaba la imagen delicada de aquella mujercita.



—Quiero creerla a usted, señorita...

* * *

Aquella misma tarde, María quiso cumplir su palabra y vestida con vaporoso traje

femenino se dispuso a ir a la quinta del novelista Pablo Dalmas.

Su abuela, a quien el mayordomo había librado de su encierro, estaba furiosa. Pero María se disponía a continuar la aventura hasta el fin.

Dalmas se hallaba en su casa fumando, aburrido, unos cigarrillos. En su imaginación seguía flotando el recuerdo de la hermana del duque, criatura angelical, de voz de oro.

Era una sensación extraña... un desasosiego interior...

Cerca de él, sentada ante una mesa, procurando descifrar jeroglíficos y palabras cruzadas, se encontraba Alicia.

No hablaba apenas con su amigo. Ambos se sentían profundamente distanciados, como si el incidente del día anterior hubiese separado de repente sus dos almas, al parecer antes tan unidas.

Y mientras el novelista pensaba en María, Alicia creía ver junto a ella la figura linda y delicada de Mario, el duquesito de ojos infantiles y expresión de adolescente. Ambos ensueños eran idénticos; tenían el

mismo rostro. Y Alicia sentía que los labios de Mario se posaban en los suyos.

Casilda, la doncella, asomada a la ventana, vió de pronto que avanzaba hacia la casa, el duquesito Mario... pero... ¡caracoles! vestido de mujer.

Temblando, acercóse a su señorita y le comunicó el descubrimiento.

—El señorito Mario está abajo...

—¡ Oh!...

—¡ Y viene disfrazado de mujer!

—¡ Cielos... viene aquí!... ¡Qué compromiso!

Ambas mujeres temblaban, mientras ajeno a todo, Pedro Dalmas seguía vagando por la región de los ensueños.

Llamaron a la puerta y Casilda fué a abrir, pálida y sobrecogida de espanto.

—¿Está en casa el señor Dalmas?—preguntó María, sonriente.

—Sí... sí... pero... señorito... ¿cómo se atreve usted?

—¡ Calla, tontuela!... Yo no temo a nada —dijo María con un gesto picaresco y muriéndose de risa al ver que seguía persitiendo la equivocación.

María fué introducida en el salón y Pedro avanzó hacia ella, extremadamente complacido al ver que había cumplido su palabra.

Alicia le contemplaba, asustada, desde un rincón... Dios mío ¡qué maravillosamente bien le sentaban al duquesito las ropas de mujer!... Parecía exactamente una muchacha.

¡Y qué valor, qué hombría se necesitaba para acudir allí con aquel disfraz!

Y al amor que sentía por "el duquesito", se mezcló una profunda admiración por su valor.

Pedro besó la mano de la joven y le dijo:

—Estoy contento de que haya usted venido... No pensé que honrara usted mi casa.

—¿Por qué no? No fué vana palabra lo que antes le dije y mi presencia aquí es demostración de que queremos vivir en paz.

Hacia ellos adelantó Alicia, y Pedro presentó a las dos mujeres, que se saludaron con efusión, con una sonrisa graciosa que parecía ocultar muchos secretos.

Alicia la contempló fijamente. ¡Magnífi-

co, Mario, magnífico! El primer premio de disfraces... Esto sí que era dársela con queso al novelista. El engaño era digno de ser trasladado a una novela.

Casilda les contemplaba, desde el corredor, por el ojo de la cerradura.

—¡Pobre joven!—suspírase—. ¡Si le descubre, va a salir de aquí en camilla!

El novelista rogó a María que tomase asiento... Mientras lo hacían, Alicia murmuró al oído de la joven:

—Esto es una locura, Mario... ¿por qué ha venido usted?

—Calle y disimule—le respondió ella con una sonrisa.

Estuvieron unos minutos hablando de asuntos de literatura y de cosas que pasaban en la ciudad... María, orgullosa, se sentía adorada por aquellos dos seres; admirada por el novelista, que veía en ella a una mujer; amada con intensa pasión por Alicia, que la consideraba un muchacho.

¡Oh, qué ganas de reír tenía ella ante el gracioso equívoco! ¿Cómo iba a acabar aquello?

Y ella, sin poderlo evitar, hablaba, casi

siempre mirando con ojos apasionados al escritor, que se sentía herido por aquellas divinas pupilas negras. Y esto producía a Alicia una agradabilísima sensación... ¡Tenía ganas de saltar y palmotear de júbilo!

A lo mejor el tonto de Pedro Dalmas se creía que estaba realizando una conquista...

¡Imbécil! ¡Cuando supiese la verdad!

Y era exquisita la gracia del "duquesito" para mirar al escritor. ¡Estupendo comediante!

Alicia preparó el té y lo sirvió... Mientras lo saboreaban, la muchacha, sentada al lado de María, la contemplaba con verdadera devoción y sentía tentaciones de besarla. ¡Qué adorable era!

No pudiendo demostrar de otro modo su alegría, acercó su pie al zapato de la joven y le dió un suave pisotón... Luego su pierna rozó ligeramente la de María...

Eran demostraciones de su cariño, de su agradecimiento por aquel disfraz que le permitía, burlando a Pedro, estar al lado de ella... Y María, contenta de aquel engaño, no hacía más que reír.

De pronto, Pedro Dalmas se dió cuenta

de que Alicia pisaba a María con cierta complacencia.

Frunció el ceño y la contempló con atención.

¿Qué quería decir aquello?

Alicia apartó instintivamente el pie, atemorizada de que fuera a descubrirse la verdad.

También María, un poco turbada, exclamó dándole un libro que llevaba consigo:

—¿Tendrá usted la amabilidad de ponerme una dedicatoria en su novela? Soy una admiradora de usted y desearía su autógrafo.

—Muy honrado con ello, señorita.

Levantóse el novelista y marchó hacia su mesa escritorio, situada en uno de los ángulos del salón.

Ya allí, puso en la primera página:

A la más bonita de todas mis lectoras.

Dalmas.

Mientras escribía, Alicia, acariciando suavemente a María, le decía con arrebatado amante:

—¡Mario, es hermoso lo que acabas de

hacer por mí! ¡Te amo! ¡Tu gesto al vestirte de mujer es admirable!

—No tiene importancia, créame.

—¡Chiquillo!... ¡Estoy loca por ti!... Escúchame, Mario...

Tan distraídas estaban las dos mujeres que no se dieron cuenta de que el escritor se había levantado y avanzaba hacia ellas, habiendo oído sus palabras.

—Mario—decía Alicia, implorante—. Si tú lo deseas, termino con Pedro y soy tuya... tuya para siempre...

Y le acariciaba el brazo sintiendo deseos de besarle en la boca.

Dalmas avanzó con el puño en alto, dando un grito de indignación.

¡Canallas! ¡Cómo le habían engañado!

—¿Es posible?—rugió—. ¿Usted... es el duque... usted?

Alicia se puso ante María impidiendo que la hiciera daño.

—¡Este hombre se ha arriesgado por mi amor! ¡No te consiento que le faltes al respeto!—gritó.

—¡Miserable duque!... ¿Conque... no es

usted... la hermana... sino el propio hermano? ¡Ah, voy a matarle a usted!

Alicia contuvo un instante a Pedro, mientras María, horrorizada, salía corriendo de la habitación.

—¡No la sigas!—gritó Alicia.

—¡Déjame! Merece un castigo. Le voy a matar... De mí no se ríe nadie.

Y salió en su persecución...

María había logrado saltar al jardín y de allí a la carretera, y de este camino a la orilla del lago...

Tenía miedo, un miedo espantoso...

Y Pedro Dalmas, exaltado, enfurecido, le seguía los pasos... ¡Le mataría donde le encontrase, bandido!

A la orilla del lago, le desapareció... ¿Dónde se había metido aquel duque sin escrúpulos?

Vió de pronto cruzar el lago una canoa automóvil, guiada por una mujer.

¡Ella! Pues la daría caza contra todas las dificultades.

Y saltando a su lancha motora que tenía atracada a la orilla, empuñó el volante y salió en su persecución.

Iba a una velocidad loca. Después de andar varias millas, tuvo que abandonar su intento, pues se le agotó la gasolina... Además, contemplándola fijamente, se dió cuenta de que la mujer del otro canot no era precisamente la persona que buscaba, sino una dama que casualmente paseaba por el lago.

Disgustado, se disponía a regresar, cuando vió en el fondo de su lancha unos pies femeninos, y luego un cuerpo, y finalmente una cabeza... ¡La del duquesito!...

—¿Aquí, en mi barca?—gritó.

María, en su fuga, al llegar a la orilla, se había ocultado en la lancha, creyendo que en ella no la descubriría el escritor.

—¡Por fin!—dijo pretendiendo cogerla—. ¡Ahora va usted a recibir su merecido, traidor!

Arremangó sus puños pronto a dar a la pobre joven una paliza fenomenal.

Pero ella, temblando, suplicó, con mansa voz:

—¡Por favor, caballero, usted se equivoca!... ¡Soy una mujer... soy una mujer!

—¡Ah, no!—contestó con una fría sonri-

sa—. Me ha engañado usted una vez, pero dos no!

Ella quiso huir de la barca, lanzarse al agua; él se dispuso a castigarla con fiereza.

De pronto, en uno de los vaivenes de la persecución, el agua salpicó con un violento chorro el cuerpo de la joven...

Con las ropas empapadas, dibujóse levemente, bajo la tenue blusa de seda blanca de María, el suave y bien delimitado contorno de uno de sus senos.

Pedro, asombrado, restregóse los ojos.

—Por favor—exclamó—¿qué es eso? ¡Explíqueme usted... porque si no me voy a volver loco!

Ella, sonriente, cubrióse con dulce pudor y, mirándole con sus negros ojos, le dijo:

—Sí, soy... una mujer... Y ante todo, sepa usted que le amo, y que esa ha sido la causa de mis locuras... y de mi disfraz.

—¿Me quieres? ¿De veras?

—Hace mucho tiempo, Pedro... ¡Perdóname! Porque de todo tuvo la culpa el amor.

—Chiquilla... ya me contarás... quiero saberlo todo de tus labios. Pero ¡ahora, con-

vencido de la verdad, sólo quiero decirte que también te adoro!

Sus labios se unieron mientras la lancha se mecía con dulzura en el azul...

Y fué en voz muy baja que ella le fué explicando de lo que había sido capaz para conseguir su definitivo amor, ahora triunfante.

Y Alicia... Alicia tuvo que marcharse con la "música a otra parte".

F I N

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Modistilla

No se olvide de

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

E. B.